EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV — DECANO DE LA PRENSA LOCAL — Núm 9879

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 12'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

SÁBADO 6 DE OCTUBRE DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J Jones, Faubourg Montmartre, 31.

Está probado en infinidad de casos (algunos de ellos con uno, dos y hasta tres años de padecimiento) que para la pronta y completa curación de las

CALENTURAS INTERMITENTES REBELDES

no hay nada mejor ni más agradable que las

GRAGEAS LOPE RUPEREZ

3 pesetas caja en farmacias y droguerías.

VENTA POR MAYOR

En Madrid: Melchor García, Capellanes, 1.—M. Pérez Mínguez, Paseo San Vicente, 12.

En Cartagena: Adolfo Fernández, San Miguel, 10, droguería.

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramental agrícola rados, espino artificial, palas, azaas comunes, azadas para viñas, leones, azadillas, sacadores de plans, horquillas, crofks, bombas, ombitas, fuelles para azufrar, tijeas para podar.

Efectos de adorno y recreo, mateas y macetones en diferentes y rtísticas clases, pedestales, jardieras, caprichos de surtideros, sillas, bancos, mesillas y mecedoras, macas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL —PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42.

De las nieves á Inspruch

Largo trecho continuó el tren archando sobre la nieve que aquepobres peones camineros, en randecitas y calentadas casillas bergados, iban retirando. Su vida ene poca fatiga, sus habitaciones enen confortantes hogueras; pero, bre vivir como anacoretas en uellas soledades, tiene mucho de olesta, porque á cada momento enen que salir á respirar ventisneros helados y descubrir los railes por la nieve cubiertos, pues á da momento nieva.

Por fin, precedidos de peones desbriendo railes, hicimos alto en estación: había terminado la subida. Salí á comer; pero el trayecto de la estación al tren lo pasé disparado, en busca del calorífero del vagón que consolaba.

La vista era magestuosa, inmensa, porque la extensión dominada era sin límites; más, sólo se veía verde, selvas, bosques solitarios. Seis horas de subida en tren fueron largas y sin peligro; ¿será igualmente feliz el descenso? me preguntaba yo. ¿No se abalanzarán los vagones sobre la locomotora?

A dos kilómetros de marchar el tren, iniciado ya el descenso, pasamos á tocar de una grande laguna, cercada de elevadísimos picos blancos de nieve. Donde terminaba ésta; empezaban enormes carámbanos destilantes que alimentaban la laguna y, de debajo los témpanos que cubrían la superficie de ésta, partía un caudaloso río, que, formado por aquellas aguas de nieve derretida, iba derrumbándose en chisporroteante cascada, la que se iba reproduciendo con frecuencia á juzgar por los grupos blanco espumosos que se divisaban á trayectos y en lontananza. Era el origen del Danubio que, padre de los ríos europeos, tan lejos el insaciable, había de vomitar aquellas aguas, en el mar Negro.

El tren aumentaba su velocidad, apesar de ir amortiguado el fuego de la máquina, y con ser mucha, aquella dejaba de ser vertiginosa y peligrosa, merced á las trabas que le enfrenaban, deslizándose así de uno á otro entre nuevos, variados y agradables panoramas, de dimensiones diferentes, tanto más agradables y risueños en su rápida sucesión, cuanto que les vivificaba el sol, de cuya vista nos privaron las nieblas durante nuestra permanencia por las alturas.

Era la tarde de un día festivo señalado; hora de las seis de la tarde, en que los alrededores de las grandes poblaciones se hallan concurridos y animados por carruajes que vienen del campo y los pacíficos vecinos, vestidos con ropa de fiesta, regresan satisfechos y pesados de tanto andar á sus hogares, cuando el tren iba llegando á las inmediaciones de la importante ciudad austriaca Inspruch.

Dos horas duró el descenso de las seis de ascensión alpina; sin embargo, la ciudad no queda en llanura despejada, sino cercada en todas direcciones de montañas nevadas, distantes como tres cuartos de hora, una hora á lo sumo, de las faldas de aquellas.

Es posible que en tal situación geográfica haya, no solo habitantes sino que también lindas ciudades? Inspruch es un testimonio afirmativo, pues es una ciudad no pequeña y hermosa. Allí había llegado yo dos horas antes del anochecer, en el Domingo de Ramos. Mis fatigas tuve. Salido por la mañana de entre italianos, hallábame por la noche entre austriacos.

Quise preguntar algo; el lenguaje era alemán y yo no lo había estudiado todavía. Creí que, por la proximidad, entenderían el italiano; pero olvidé que los picos nevados que los separan de Italia dificultaban todo contacto y por consiguiente el conocimiento de tal idioma. Efectivamente, un municipal no me comprendió. Dejé mi interlocutor; entré en una farmacia, esperanzado por la ilustración del farmacéutico, para que me comprenderían en franés; mástambién fue inútil. Viendo la imposibilidad esta, comprendí que menos me comprendería en griego y castellano, por lo cual resolví buscar un convento donde me comprendieran en latín. Así lo hice y un fámulo me acompañó á un hotel.

Inspruch será una ciudad de unas treinta mil almas y el aspecto policial urbano es inmejorable: sus calles anchas, perfectamente barridas y cotidianamente regadas, sus edificios particulares grandes y las fachadas nuevas ó renovadas, sus conventos grandes, su Universidad extensa y sus grandiosos templos le dan un aspecto grande é inesperado para el viajero, que desciende de aquellas nevadas selvas de fáunos

Junto á un grande arco de triunfo con tres puertas y de arquitectura toscana, elevado á uno de los grandes reyes austriacos, hay el grandioso convento de PP. Servitas, fundado por una marquesa. A juzgar por su fachada extensísima y de orden corintio, no parece un convento, sino un edificio real ó dependencia del Estado. El otro lado de la calle es hermosamente vistoso por las Casas Municipales y Provinciales, en las cuales no escasea la buena arquitectura.

La Universidad, antes posesión de los jesuitas, y la Iglesia y Colegio que poseen ellos todavía, ocupa lo largo de una vasta calle, tanta es su grandiosidad. Al extremo continúa un humilde convento de los PP. Franciscanos, cuya iglesia fue objeto de tres visitas mías.

Mi primera, tuvo lugar poco después de mi llegada, al anochecer del domingo de Ramos, atraído por la multitud que, cuasi como en la ida á un espectáculo, pasaba por las mismas calles y en la misma dirección. Seguíla mudo, ya que tan grande no podía hablarles; entré y, como por el camino y desde el tren me convencí de que Austria era país menos fanático pero más religioso que España, allí corroboré mi convicción.

Toda aquella multitud se encaminaba religiosa á una función, era el Vía Crucis. Contemplé este acto con una atención é interés cual nunca nadie lo ha hecho jamás en España, sin querer pasar plaza de devoto. Y es que aquí, nada tiene de particular tal práctica religiosa, mientras que ahí era presentada con aparato teatral, ó como si fuera un acto real.

El altar mayor estaba convertido en un verdadero jardín por las abundantes y fragantes flores naturales, y en una huerta por la multitud de naranjos, palmas, camelias y otros arbolitos naturales, en jarros situados: en medio de este altar huerta, á media luz iluminado, había un Jesús, de tamaño natural, recibiendo del Angel el simbólico cáliz de su futura amarga Pasión y una ráfaga de viva luz artificial, dando en su rostro, patentizaba su amarga agonía.

Como esta vista era de efecto verdaderamente agradable y religiosamente imponente, otra circunstancia acompañante sensibilizaba los corazones: cantaban en el coro unas letrillas cuya música absorbía. Estaba yo pensando en por qué me gustaban tanto aquellos acordes, y persuadíme de que, era tanto por la inspiración triste del autor, cuanto por el gusto artístico con que unas gargantas, para mí nuevas, cual si fueran de querubines, nos enviaban con dulce suavidad sus ecos, que eran contestados por todo un pueblo devoto que llenaba la iglesia. Indagué, y ví que era costumbre entre aquellos austriacos el que las señoritas canten en las iglesias, en substitución de nuestros monaguillos, así como el adornar todo el año los altares con flores naturales, apesar de las nieves, gracias á la grande afición que tienen á los invernáculos botánicos.

MODESTO MARTI.

(Continuará).

paz; ni el sol, ni la alborada, ni las flores me halagaron; los pasos de mi esposo me estremecían, las puras frentes de mis hijos me avergonzaban; ¡tú estabas siempre delante de ellos, y yo te veía como á un hermano á quien se ama con el dulce amor de la pureza!

Pero yo debía rechazar aquel amor.

Quise vencerle, y creció; quise al menos contenerle, y se desbordó.

Tus romances cantados al son de tu guitarra bajo mis ajimeces, acabaron de rasgar el último velo de mi pureza, y me estremecí; quise verte de cerca para descubrir en tí algun defecto que me desencantase, y solo hallé nuevas prendas que admirar.

Te traje aquí para mentirte, para curar tu amor con el desprecio, y me has vencido Aben-Hamet.

Yo te amo como á mí misma; no; mas aun: como á la memoria de mi madre, cuya bendita faz veía entre mis sueños antes de conocerte.

Te amo más que á mi honor, pero... ¡vete!

La pérdida de mi nombre de honesta, la mancha lanzada por mí sobre mi esposo, sobre mis hijos, me mataría, y me mataría de una manera desesperada.

¡Oh! si me amas, Aben-Hamet, déjame un recuerdo de tu hidalga compasión, de tu honra de caballero.

Calló la sultana, y el abencerraje la contempló un momento con tristeza; luego se apartó de ella, cortó

algunas rosas blancas, tejió una corona y acercándose á Zoraida la puso sobre su cabeza.

—Guarda esa prenda, alma mía, la dijo, como un recuerdo de mi amor; guárdala, y si alguna vez encuentras la tumba de Aben-Hamet, ponla sobre ella en testimonio de que no me has olvidado.

Inundáronse de lágrimas los ojos de Zoraida.

—¡Oh! ¡si fuese posible, le dijo, trocar esta corona por la de oro que ciñe á mi frente el rey!

En aquel momento, un semblante horriblemente contrariado por el furor, asomó iluminado por la luna, entre los rosales que rodeaban el ciprés.

Era el rey Abu-Abdallah.

Tras él, ocultos en la enramada, se veían cuatro hombres.

Zoraida y Aben-Hamet se alejaban á lo largo de la galería, y al fin sus sombras se confundieron en lo oscuro.

El rey saltó furioso como una pantera de su acecho, de entre los rosales, al sitio que acababa de dejar la sultana, desnuda la espada y demudado el semblante.

Los cuatro hombres saltaron tras él y le contuvieron.

Eran Mahomet-Zegrí, Hamet-Zegrí, Mahandon-Gomel y Mahandín, enemigos encarnizados de Aben-Hamet.

ta su terrible inmensidad el insensato amor que ardía en sus almas.

La cámara estaba solitaria; su puerta y el alhamí frontero á aquel en que asentaba el rey, cubiertos con tapices rojos.

La fuente colocada en el centro del pavimento, no hacía brotar sus límpios raudales, y el sol penetrando ténuemente tras los dobles transparentes de la cúpula, inundaba los muros en un resplandor fatídico, dejando en sombra los alhamíes.

Dominaba un silencio profundo solo interrumpido por el paso de los esclavos que guardaban la cámara en las galerías del patio de los Leones, ó por el duro resonar del cuento de una pica que caía sobre el pavimento de marmol.

Abu-Abdallah parecía medir el paso del tiempo con impaciencia, como si su lentitud torturase su alma.

Vestía el sayo negro emblema de la dignidad real; ceñía su malhadada espada de combate, y entre su toca revuelta se dejaba ver su corona de rey, cada uno de cuyos florones podía contarse por una ciudad ó una villa de su reino conquistada por el cristiano.

Sus ojos en que campeaba la espresión de la más refinada crueldad y del odio más intenso, se fijaban alternativamente en la puerta de la cámara y en un tapiz que cubría el alhamí situado frente á él.

Al fin resonaron pasos en la galería, levantóse el